



El eslabón del día. Reflexiones sobre la educación, de Carlos Gatti. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Católica Sedes Sapientiae, 167 pp.

Una razón, a veces decisiva, para acercarnos a un libro es su autor; en este caso, resalto la figura de Carlos por ser un maestro con una extensa labor docente, cuya preocupación constante —que ha motivado muchas de sus actividades y publicaciones— es la educación; pero no solo como proceso, sino también como

experiencia, sobre todo a través de la lengua y la literatura. Estoy seguro de su interés porque, más allá de las palabras, es la acción lo que define a un maestro; en este caso, su trabajo como tutor, sus visitas a sitios lejanos de su entorno para enseñar, su paciencia frente a las dificultades y, sobre todo, su comunicación constante con los jóvenes.

La educación importa a todos, pero no de la misma forma; a muchos de nosotros nos interesa «nuestra» educación, pero no valoramos la educación como labor en una persona. Si van a una fiesta y les preguntan: «¿y qué estudias?», y dices: «estudio educación, voy a ser profesor», inmediatamente te mirarán raro, con miradas que en realidad te dicen: «pobrecito, si quieres te presto para el pasaje de regreso». Pero si tú les preguntas a ellos: «¿y qué estudias?», estarán encantados de hablarte de sus maestrías, de sus MBA, diplomados, etc., sobre todo si estudian carreras de moda o socialmente valoradas. La

educación es importante para todos, pero no de la misma forma.

Felizmente, Carlos es una de aquellas personas que la valora a tal punto que quiso ayudar a los maestros y futuros maestros a mantener la esperanza y dignidad en nuestra profesión, tal como lo señala en su libro: «Frente a la amenaza paralizante de la Medusa, o la desesperanza petrificadora, la educación en libertad y responsabilidad resplandece en un hermoso proceso centrado en el sujeto, al cual sirve guiándolo a lo largo de un entusiasmante y prometedor camino de comunión y liberación» (Gatti 2010: 58-59).

Esta es la clave, a mi parecer, de entender el valor del libro. Dar una mirada al autor es una puerta de entrada al texto en sí y descubrir en qué nos puede ayudar, sobre todo a la mayoría de nosotros que nos desempeñamos como, o queremos ser, maestros. Los textos de *El eslabón del día* enfatizan la presencia de la palabra «experiencia» en toda labor docente.

Ahora voy a tomar el elemento del título (que Carlos ha recogido de unos versos del español Pedro Salinas), el símbolo que unifica todos los textos: el eslabón. Este elemento nos remite a la cadena, la cual si bien sirve para atar, sujetar o tirar de algo también puede remitir a una imagen más triste, como de opresión. Si hablamos de cadenas, podemos imaginar aquella famosa «ominosa cadena» de nuestro himno, como otras menos dignas.

Pero hay otros usos, positivos, que prefiero aprovechar para esta ocasión. Para ello, viajaremos imaginariamente a una ciudad que es del gusto de Carlos: Roma, en Italia. En este viaje imaginario, les invito a «ver» una construcción significativa para la cristiandad: la cúpula de San Pedro. Su majestuosidad se debe al genio de Miguel Ángel, y su construcción y acabado al más famoso ingeniero de la época Domenico Fontana. Como cualquier cúpula sufre una tensión que la habría hecho derrumbarse

hace bastante tiempo, de hecho, varios años después de construirse se detectaron graves rajaduras que amenazaron la construcción. Por ello, se «ató» la cúpula con cuatro cadenas de hierro, una práctica usual en el renacimiento. Hay 4 tiras de cadenas que ha «amarrado» internamente toda la cúpula y son las que aseguran la fortaleza de la construcción. Este sencillo ejemplo nos muestra unos eslabones que aparentemente «atan», pero que en realidad fortalecen. Pero para esto hay que reconocer que la estructura es débil y que puede caerse sin ellas. El proceso educativo es así. La labor docente en un inicio puede ser percibida por el alumno como una cadena que ata de manera negativa: tareas que entregar, responsabilidades que cumplir, lecturas que leer y releer, parece que el docente es un sujeto que disfruta ver a los alumnos tensos por el curso que dicta. Pero luego, si el docente realmente ha tenido intención educativa, esa aparente

cadena se va transformando en fortaleza interna que el alumno usa para su propia construcción. Esto lo podemos percibir en nuestra propia vida como estudiantes: recordamos con cariño aquellos maestros que nos han exigido, que de seguro en su momento recibieron nuestras más furibundas críticas por su exigencia, pero que al pasar de los años reconocemos como los mejores que hemos tenido. El fruto de un verdadero proceso educativo solo se ve con los años.

Ahora bien, ¿de qué depende la fuerza de un eslabón? De la calidad del material, el acero es el más común. El acero es básicamente hierro y carbono: el carbono le da la maleabilidad necesaria para trabajarse, el hierro le da resistencia. Una combinación entre fuerza y maleabilidad. En este sentido, pienso que enfrentarse al reto que plantea el día a día requiere que seamos un eslabón de este tipo: duros y maleables a la vez, evangélicamente correspondiente a los «mansos como

palomas, astutos como serpientes» (cfr. Mateo 10, 16). La educación es así, requiere una mano atenta, exigente y que, a la vez, dé espacio para el ejercicio de la libertad y creatividad del alumno, un difícil equilibrio que solo la experiencia y la reflexión puede lograr. Es lo que señala muy bien Carlos cuando, en una entrevista que recoge el libro, dice: «[el tutor] debe ser, a la vez, afectuoso y exigente, y estar convencido de que el mejor predicador es Fray Ejemplo» (Gatti 2010: 128). La labor del cualquier docente que desee «meter de lleno» las manos en la humanidad del grupo que le toque como alumnos descubrirá que Carlos no se equivoca. Es verdad que todos, si somos o hemos sido alumnos, hemos deseado que nuestro docente o tutor nos brinde «Estímulo para encontrar sentido y gusto a la vida, al estudio, al diálogo, a la relación con lo otro (las cosas, el prójimo, Dios)» (Gatti 2010: 129). En este sentido, no estoy de acuerdo con algunas

pretensiones que desean suplantar el proceso educativo por la palabra «aprendizaje», como si todo actuar docente solo requiriera la presencia del profesor como un «asesor» o «corrector» de un determinado ejercicio. Si el docente se convierte en un mero «mediador», la cadena se rompe. Principalmente porque será una cadena hecha de puro carbono, 100% maleable por el ímpetu de un ser en plena formación, aún inmaduro en muchos aspectos, y, en el peor de los casos, incapaz de reconocer en qué se equivoca. El otro extremo también es peligroso, el del profesor 100% acero, aquel opresivo y a veces estrecho de miras, no es el intelectual o académico, sino el intelectualista y academicista, aquel que pone el valor solo en los conocimientos o está siempre atento a resaltar solo los errores. Mansos como palomas, astutos como serpientes.

Pero no hay que mirar con malos ojos lo intelectual; pues requiere esfuerzo y, sobre todo, atención a la

realidad (no solo a los libros). En mi opinión, la fortaleza, el hierro de la persona, nace no solo de lo moral, sino también de lo intelectual, más aún si consideramos el *ser* docente. Es lo que resalto del primer texto del libro *Aporte de las humanidades en la comprensión integral del hombre y su utilidad en la formación de los científicos* y del texto *Educación para humanizar*. El gran valor de este libro de Carlos Gatti Murriel es hacernos dar cuenta (como un Fray Ejemplo) de que un eslabón es fuerte también por su capacidad intelectual, por su formación humanística, y que nadie, sobre todo el docente, puede quedarse en el nivel de «buena gente», de «profesor cocherita», sobre todo cuando la tarea educativa implica hacer de herrero (sudar la gota gorda) y eslabón a la vez, aquél que en sus clases (e incluso fuera de ellas) trata de lograr incorporar a la cadena a sus alumnos. En este sentido, este texto se puede incluir en esos breves pero vitales libros para iluminar el camino de la formación humanística.

Para terminar, quiero señalar aquí algo que puede pasar desapercibido en un texto de este tipo: su conexión con «algo más» grande que la realidad ofrece, algo que el maestro debe ayudar a explicitar, ese punto de fuga de la tensión de la cadena que somos todos. Cito a Carlos para explicarlo mejor: «Entre historia humana y Eternidad hay una continuidad, como entre cualquier proceso y el producto que aquel genera. Y el proceso está signado por la acción del hombre libre, por la acción voluntaria e inteligente. Dios se nos ha revelado en nuestro lenguaje y se ha hecho de nuestra condición para que creamos, para que tengamos fe. Se ha revelado y se ha hecho hombre para que, inspirados por la fe, esperemos y actuemos creadoramente siguiendo su ejemplo de amor que libera de la muerte y congrega para la eternidad en comunión a los seres humanos» (Gatti 2010: 69). Continuidad, acción y revelación: estos conceptos son como el cromo,

manganeso o silicio que se añaden en los aceros ultrarresistentes. Es necesario tenerlos en cuenta para formar una cadena en lo eterno, y construir así una cadena irrompible que «ni polilla ni ladrón» podrán desarmar. Gracias, Carlos, por

regalarnos tus experiencias que de seguro nos ayudarán a ser como aquel Brunetto Latini que recuerda Dante: «enseñando cómo el hombre se hace eterno».

MANUEL VEJARANO INGAR¹

¹ Es coordinador del Área de Comunicación y Producción del Lenguaje del pregrado UCSS.